

## INTRODUCCIÓN

«Solo esta preocupación, fe o amor importan»

Cuando le animaban a escribir su autobiografía, Saul Bellow solía responder que no tenía nada que contar, salvo que había estado insoportablemente ocupado desde la circuncisión. Ocupado con la fabricación de novelas, relatos y algunos ensayos; con romances, matrimonios, paternidad, divorcios, amistades, enemistades, dolor; con los grandes acontecimientos históricos y los pequeños acontecimientos de la vida literaria; con el prodigioso hábito de la lectura y una dedicación a la enseñanza que lo acompañó hasta después de los ochenta años. No menos ocupado atendiendo su correspondencia. A los grandes autores no siempre se les dan muy bien las cartas; de hecho, podría hacerse una lista considerable de figuras de primera fila que eran correspondientes superficiales. Parece un talento diferente, tan misterioso como el artístico. Cuando uno repasa los mejores escritores de cartas en inglés del siglo pasado —Virginia Woolf, D. H. Lawrence, Hart Crane, Katherine Anne Porter, Evelyn Waugh, Samuel Beckett, John Cheever, William Maxwell, Elizabeth Bishop, Robert Lowell, Flannery O'Connor, James Merrill—, encuentra todo tipo de personalidades y ningún denominador común. Unos llevaban diarios, otros no. Algunos eran prolíficos, otros produjeron relativamente poco. Lo máximo que puede decirse es que cada uno vivió una rica vida adicional en su correspondencia: lo bastante rica como para que se convirtiera en parte de la literatura.

Cuatro generaciones —la anterior a la suya, la suya y las dos posteriores— son las destinatarias de la tremenda producción epistolar de Bellow, un autorretrato exhaustivo que también es el retrato de una época. Sus correspondientes forman una vasta compañía que incluye esposas, hijos, amigos de la infancia, colegas escritores, amantes del momento y del pasado, alumnos actuales y antiguos, lectores que lo admiraban y lectores que no lo hacían, discípulos que le pedían que leyera lo que habían escrito (casi siempre lo hacía, parece), chalados religiosos, cazadores de autógrafos (cientos), aduladores obsesivos, grafómanos y gente gravemente trastornada.

A los lectores de las novelas y los relatos de Bellow no les sorprenderá que en sus cartas pueda ser instantáneamente dramático y también muy divertido. Aquí hay algunos ejemplos del dossier de Alfred Kazin. Primero, París, enero de 1950: «Y de esto estoy seguro: él [Stendhal] haría lo mismo que yo con su ejemplar de *Les Temps Modernes*, es decir, escrutar las últimas *sottises*, observar con un desprecio brutal el último gesto de angustia, y después alimentar a la gata con los artículos sobre sexo de Simone, para que se le pase el celo, y darle lo que quede al pequeño G [regory, el hijo de Bellow], para que recorte muñecas: aún no sabe leer y vive felizmente en la naturaleza». Y desde Martha's Vineyard, verano de 1963: «Hemos visto a parte de la Sociedad de la Isla. Styron es nuestro líder, aquí en la pequeña Villafitzgerald. Después está Lillian Hellman, en quien produzco síntomas de *timidez*. Y Phil Rahv, que mantiene vivas las tradiciones de Karl Marx. Le tengo mucho cariño a Philip —es *mishpokhe*—<sup>1</sup> y nos da un curso *chatauqua*<sup>2</sup> de *Hochpolitik*.<sup>3</sup> Por qué no podemos perdonarnos el uno al otro antes de que nos volvamos inofensivos? ». Y desde West Brattleboro, Vermont, verano de 1983: «Que me he convertido en un correspondiente poco comunicativo es totalmente cierto; no me producen placer estos silencios míos; más bien, intento descubrir las razones por las que contesto tan pocas veces. Quizá sea que siempre estoy por ahí, con un cazamariposas, intentando capturar mi forma madura y perfeccionada, que está a punto de posarse (de una vez por todas) en una flor. Nunca se ha posado, todavía no ha encontrado su flor. Esa *puede* ser la explicación completa».

Pese al tono de camaradería de esos extractos, las relaciones con Kazin distaron de ser fáciles. Leyendo el dossier de principio a fin, uno encuentra a un Bellow indignado con la misma frecuencia que a un Bellow afectuoso. Pero, en el verano de 1982, tras la renovación de hostilidades entre los dos, envió estas palabras:

Querido Alfred:

Feliz cumpleaños, y admiración y amor y larga vida: todo. No te preocupes por esto y aquello, esto y aquello no importan demasiado en el resumen final.

Amor de quien es cinco días más joven que tú.

Con otras personas de su generación, las relaciones fueron menos volubles. Quería a John Cheever, y disfrutaba con sus diferencias de estilo y patrimonio. Las cartas son obsequiosas, de gran hombre a gran hombre, pero a menudo tiernas. Esta es la respuesta de Bellow a Cheever, que le había pedido que leyera las galeradas de *Falconer*: «Si me apetecería leer tu libro? .Aceptaría un viaje gratis a Xanadú con Helena de Troya como ayuda de cámara? [...] Tengo que ir a Nueva York este fin de semana, y también a Princeton para ver a mi hijo Adam haciendo de Antonio, el duro de *La tempestad*. [...] Me gustaría verte, pero no sé cuándo estaré libre de esta mezcla de gloria y horror». (Acababa de ganar el Nobel.) O su contestación, dos años después, cuando Cheever le solicitó nombres de escritores que pudiera distinguir la Academia Estadounidense de Artes y Letras: «Me muero de avaricia y envidia al ver todos esos premios que no existían cuando éramos jóvenes y vagábamos por Nueva York». Ante la específica petición de nombres de críticos que distinguir, Bellow responde: «No hay críticos que pueda nominar para nada salvo la crucifixión». Y esto, finalmente, en diciembre de 1981, cuando se enteró de la gravedad de la enfermedad de Cheever: «Desde que hablamos por teléfono he pensado incesantemente en ti. Podría decir muchas cosas, pero no lo haré, probablemente puedas arreglártelas sin ellas. Lo que me gustaría contarte es esto: no hemos pasado mucho tiempo juntos pero hay un vínculo significativo entre nosotros. Supongo que en parte se debe a que los dos practicamos el mismo oficio autodidacta. Permite que intente expresarlo mejor: sometimos nuestras almas al mismo tipo de educación, y esa formación esotérica en la que tuvimos el descaro de persistir, bajo la mirada hostil de la América exotérica, es lo que nos une. Sí, hay simpatías más profundas, pero soy demasiado torpe como para llegar hasta ellas. Ahora solo puedo ofrecer lo que está disponible. [...] Cuando leí tus cuentos reunidos me emocionó ver la transformación que se producía en la página impresa. No hay nada que importe de verdad, salvo esa acción transformadora del alma. Te amé por eso. Te amaba de todos modos, pero por eso especialmente».

Cuando escribe a Ralph Ellison, con quien compartió residencia en la temprana lucha por el reconocimiento, se muestra bromista, espontáneo. Aquí escribe desde la Universidad de Puerto Rico, donde pasó el semestre de primavera de 1961: «Sigo vagando [...] con los perros callejeros y los lagartos y preguntándome de cuántas formas se puede partir una hoja de plátano. La población perruna es asiática: errantes tribus de chuchos. Se presentan en todos los lugares de moda, en los modernos edificios de la universidad, en las cafeterías: siempre hay unos perros dormidos en un aula fresca y de noche aullan y pelean. Pero entre sí, no con las ratas, otra enorme población, de color marrón rojizo y sin miedo. Se ven en los solares vacíos del centro y en el exclusivo club de tenis junto al mar. No me sorprendería verlas en la mesa del casino, observando el juego. Después está el clan de las mangostas. Eliminaron a las serpientes, pero nadie sabe qué hacer con sus incursiones entre las gallinas. Y con esto acabamos con la zoología en este lugar. La isla es preciosa. Las ciudades son una mierda. Las multitudes circulan sin rumbo, alegres, curiosas y chillonas. Los conductores leen al volante, comen y follan mientras conducen».

Las cartas a John Berryman tienen un tono diferente. Las preocupaciones son la fragilidad de la vida y la dureza del arte. En octubre de 1963, cuando la impredecible tragedia nacional esperaba entre bambalinas, el estado de ánimo de Bellow ya era oscuro: «No puedo decir que todo nos vaya bien. Un ataque al corazón se llevó el miércoles a mi amigo de toda la vida Oscar Tarcov. Preferiría morir a soportar las muertes, una tras otra, de mis amigos más queridos. Te consume el corazón. Al final la supervivencia parece degradante. Mientras la muerte sea nuestra realidad definitiva, *es* degradante. Esperar hasta que el Cíclope nos encuentre». La amistad se basaba en una sensación de camaradería literaria; el placer viene de una admiración mutua. Bellow escribe en la primavera de 1966: «Tus poemas me han dado ganas de vivir. Nada es más estable que un mareo inspirado. La respuesta del poeta a la velocidad de la luz y al movimiento de la materia browniano. No tenemos ciudades santas, quizá, pero tenemos *Dream Songs*».

En cartas a la siguiente generación —a Philip Roth, Cynthia Ozick y Stanley Elkin, entre otros— uno encuentra a un hombre que acepta a regañadientes su papel de eminencia madura, aunque no se encuentra a gusto en él. Lo más llamativo es la diferencia que existe entre sus respuestas a cada uno de los tres. En diciembre de 1969, agradece a Roth una carta sobre *El planeta de Mr. Sammler*: «Tu nota me hizo mucho bien, aunque no he sabido qué o cómo responder. Por supuesto, los llamados

falsificadores estarán afilando los cuchillos. No tienen nada de ese amor ingenuo y probablemente infantil que tú y yo sentimos por la literatura. [...] Pero, cuando llegué a Chicago (.fue hace doce años?) y leí tus cuentos, supe que eras auténtico. Cuando era niño, había herreros, y no he olvidado el sonido que hace un martillo auténtico sobre un yunque de verdad».

Y en otoño de 1974, respondiendo al ensayo «Imaginar a los judíos», de Roth: «Me entretuvo mucho tu texto en *The New York Review [of Books]*. No estaba totalmente de acuerdo —eso sería esperar demasiado—, pero pensaré despacio en lo que dijiste. Mi método de anaconda. Entro en un largo estupor digestivo. Por supuesto, no soy freudiano. Durante un fiero intervalo fui reichiano. De momento no tengo alas de ninguna clase. No se me puede coger ni dejar». Finalmente esto, doce años después: «Quiero agradecer de nuevo que cuidaras de mí en Londres. Como viste, estaba deprimido. [...] Los cuartetos de Shostakóvich me hicieron mucho bien. Casi hay suficiente arte como para cubrir los dolores mortales. Pero no es bastante. Siempre quedan huecos».

Cuando escribe a Ozick, el tema de Bellow es la historia, como en el verano de 1987: «Estaba demasiado ocupado en convertirme en novelista como para tomar nota de lo que ocurría en los años cuarenta. Estaba comprometido con la “literatura” y mis preocupaciones eran el arte, el lenguaje, mi lucha en la escena estadounidense, las reivindicaciones del reconocimiento de mi talento, o, como en el caso de mis colegas de *Partisan Review*, el modernismo, el marxismo, el New Criticism, Eliot, Yeats, Proust, etc.: cualquier cosa salvo los terribles acontecimientos de Polonia. Cuando, lentamente, empecé a ser consciente de esa inefable evasión, ni siquiera sabía cómo empezar a admitirla en mi vida interior. No puede negarse ni una partícula de eso. .Y puedo realmente decir —puede decirlo alguien— qué había que hacer, cómo se *debería* afrontar esta “cosa”? Desde finales de los cuarenta medito sobre ello y a veces imagino que *puedo* ver algo. Pero lo que representa esa meditación es probablemente insignificante. [...] No puedo ni empezar a decir qué responsabilidad puede tener cualquiera de nosotros en un asunto así, en un crimen tan enorme que lleva a Juicio todo el Ser».

Con Stanley Elkin se muestra más íntimamente nostálgico, más profundamente revelador. En la primavera de 1992: «Cuando era joven me escribía activamente con Isaac Rosenfeld y otros amigos. Murió en 1956, y varios más lo hicieron esa misma década, y de alguna manera perdí la costumbre de escribir largas cartas personales —un triste hecho que solo ahora empiezo a comprender—. No era que me hubiera quedado sin amistades por completo. Pero las costumbres cambiaron. No más flujo romántico. Éramos tan *rusos*, de adolescentes, y quizá también entrenábamos para ser escritores. El propio Isaac me hizo consciente de esto. Cuando se trasladó a Nueva York, yo le escribía casi cada semana. Anos más tarde, me dijo un día: “Espero que no te importe, pero cuando nos fuimos del West Side” (al Village, naturalmente) “tiré todas tus cartas”. Y dejó claro que pretendía escandalizarme, sugiriendo que me parecería una gran pérdida para la historia de la literatura. No sentí nada parecido. Me había librado de una vergüenza futura.

«Pero no era algo bueno de lo que curarse. El hábito de la correspondencia, quiero decir. Soy consciente de que se perdió un terreno importante. De un modo u otro, le ocurrió a la mayoría de la gente que conocía: una degeneración hacia la conciencia privada y una especie de tacañería. Empiezas a trabajar con terceros que has nombrado tú mismo».

Pero las formidables cartas que escribió en su madurez y en su vejez desmienten la insistencia de Bellow en que había perdido su arte. La desaparición de esas cartas juveniles a Rosenfeld es una desgracia por la que hay cientos de compensaciones, tempranas y tardías. «Es extraordinariamente emocionante encontrar el rastro más recóndito de la vida de un hombre y descifrar los signos que nos ha dejado», escribió Bellow. Aquí hay setecientos ocho cartas que siguen su rastro más recóndito y garantizan la visión más cercana que tendremos de él.

«Se había comprometido con un gran destino», escribió su viejo amigo y enemigo Kazin. «Iba a abarcar más que el resto de nosotros». La carrera de Bellow, una de las más largas de la historia de la literatura estadounidense, parece de verdad enorme: en ambición, saber, visión, valor, logros. En libertad. Las cartas aquí recogidas atestiguan todo lo que era, pero la narración autobiográfica que bosquejan es, abrumadoramente, el relato de un artista. Su lucha por escribir la siguiente página de

ficción es, para bien o para mal, lo que más importa cualquier día. Un viaje por el archivo de Bellow revela cuánto se abarcó, y cuánto se consiguió. Los cuarenta y dos metros lineales de la Biblioteca Regenstein, en la Universidad de Chicago, incluyen manuscritos, cuadernos, libretas de direcciones, agendas, correo recibido, copias en papel carbón y (más tarde) fotocopias de cartas enviadas, fotografías, recortes de periódicos y revistas, objetos personales, etcétera. Algunos elementos: una carta autoritaria de su padre inmigrante, fechada el 23 de septiembre de 1953, el mes en que se publicaba la temprana obra maestra de Bellow, *Las aventuras de Augie March*: «Escríbeme. Una carta. Todavía soy el Cabeza de todos Vosotros. Firmado, Pa». Una carta de John F. Kennedy fechada el 8 de septiembre de 1961: «Espero que esta colaboración entre el gobierno y las artes continúe y prospere. La Sra. Kennedy y yo estaremos especialmente interesados en cualquier sugerencia...», etc. Un documento legal que certifica que Saul Bellow, tras pronunciar un juramento, declara y dice que su naturalización como ciudadano estadounidense se hizo efectiva el 3 de agosto de 1943, en Chicago, Illinois, como atestigua el Certificado de Naturalización n° 5689081. (Había llegado desde Quebec con su familia el 4 de julio de 1924. En otras palabras, el principal novelista estadounidense de su generación, que dramatizó mejor que nadie la astucia barriobajera y las bufonadas intelectuales de Estados Unidos, que intentó desglosar cada detalle del clamor urbano estadounidense, no fue oficialmente estadounidense hasta que tenía casi treinta años.)

También, de principios de los años ochenta, una anticuada tarjeta de visita escrita, con letra enmarañada: «Iré a su hotel mañana viernes a las 17:00 con la esperanza de verle. Sinceramente, Sam Beckett». Se encontraron la tarde siguiente en el bar del Hôtel Pont Royal, Rue de Montalembert, 7, Saint-Germain-des-Prés. La viva encarnación del modernismo estaba entusiasmada por conocer al gran luchador contra el modernismo. En el acontecimiento se dijo poco. Su encuentro se parece a la famosa reunión de Proust y Joyce. Tras el vacilante intercambio de cortesías, Proust le preguntó a Joyce qué opinaba de las trufas, y Joyce admitió, a duras penas, que le gustaban. Más tarde se contaron varias versiones del encuentro, la mayoría de las cuales parecen adornadas. Al margen de lo que se dijera, una cosa está clara: esos dos poderosos contrarios no sintieron deseos de volver a verse.

Tampoco lo hicieron Bellow y Beckett. Si hubiera leído *Hombre en suspenso*, la primera novela que publicó Bellow, Beckett habría encontrado este diálogo:

—Si pudieras ver, ¿qué crees que verías?

—No estoy seguro. Quizá que somos los hijos idiotas de los ángeles.

y quizá se habría preguntado si él, Beckett, había escrito esas líneas, porque también podrían haberlas dicho Vladimir y Estragon en *Esperando a Godot* y Nag y Nell en *Final de partida*. Pero era probable que Beckett, un hombre bueno y generoso, reaccionara ante todas las cosas de Bellow que eran su antítesis: una inmutable fe humanista y, más allá de eso, una fe en que hay cosas después de la tumba. El último recurso, la gota que colma, el final de la línea, el *fin de partie*: todas esas formas de pensar, esas metáforas de la nulidad, eran anatema para la imaginación fundamentalmente optimista y alegre de Bellow.

Una foto de su *bar mitzvá* muestra a un chico apuesto y compacto con pantalones bombachos, calcetines altos y anteojos, que sonríe ligeramente a la cámara. Es un día soleado, la estación frondosa. En una mano sostiene un libro abierto. Más difícil de ver, metido bajo el brazo, hay un segundo libro. No se podía perder un segundo, con todo lo que había por leer: Tocqueville, Stendhal, Balzac, Dostoievski, Marx, Flaubert, Durkheim, Tolstói, Weber, Conrad, Frazer, Dreiser, Malinowski, Boas, Wyndham Lewis, D. H. Lawrence. Esa «vida superior», como la llama en *El legado de Humboldt*, esa insaciable hambre de libros, era desde su niñez el complemento necesario al «Chicago de pan-con-mantequilla, carne-con-patatas, dólares-y-centavos, venta-al-por-mayor». Junto al mundo de buhoneros, sastres, fruteros, pescaderos, carniceros, *ganzer machers*, pedigueños y *shnorrers* de Division Street estaba esa espléndida invitación a la alteridad, esa sobreabundante hospitalidad de los libros. «Tenía el corazón lleno de algo. Estudiaba a mis autores favoritos. Iba en los vagones traqueteantes del metro leyendo a Shakespeare, a los rusos, a Conrad, Freud, Marx o Nietzsche, de manera asistemática, anhelando que me conmovieran apasionadamente».

El elemento libresco de Bellow hizo que los críticos lo etiquetaran como novelista de ideas. Es cierto, sus protagonistas son intelectuales, pero esos intelectuales descubren lo débil que resulta su sabiduría cuando irrumpe la verdadera vida. Rasca a esos intelectuales y encontrarás seres humanos que luchan, aturdidos y de carne y hueso. En *Herzog*, por ejemplo, Bellow dramatiza la triste hilaridad de un estudioso tan incapaz de terminar su obra magna, *Las raíces del romanticismo*, como el Sr. Casaubon de *Middlemarch*, de George Eliot, era incapaz de acabar su *Clave para todas las mitologías*. Pero cuando Moses Herzog sufre la humillación adicional de que su mujer le ponga los cuernos con su mejor amigo, el bloqueo termina. Descubre que puede escribir; no, sin embargo, sobre el romanticismo. Garabatea cartas frenéticamente. No las cartas selladas y enviadas que se recogen aquí. No, son las cartas no enviadas las que salvan a Herzog, el furor epistolar transforma al fracasado estudioso del romanticismo —en una de las hermosas inversiones de Bellow— en el propio artículo, en un verdadero romántico. Que otros chapoteen en el nihilismo si les agrada; para Herzog la vida sigue siendo lo que era para Keats: el valor de fabricar un alma. Ahora Herzog conoce *originalmente*, sin mediación, como algo que es su derecho de nacimiento, lo que había intentado abordar de forma vicaria. Su humillación se convierte en el trabajo preliminar para las revelaciones de lo Sublime. Las cartas se envían a una compañía cada vez más sagrada. Por ejemplo, Herzog escribe a un amigo de la infancia, Shapiro: «Pero no debemos olvidar lo rápido que las visiones del genio se convierten en los bienes enlatados de los intelectuales. El chucrut enlatado del “socialismo prusiano” de Spengler, los lugares comunes de la perspectiva de la Tierra Baldía, los baratos estimulantes mentales de la alienación, la jerga y el griterío de los insignificantes sobre la Inautenticidad y el Abandono. No puedo aceptar esa tonta tristeza. Hablamos de la vida entera de la humanidad. El asunto es demasiado grande, demasiado profundo para esa debilidad y cobardía: demasiado profundo, demasiado grande, Shapiro». Y a Morgenfruh, un estudioso de las ciencias que conoció cuando hacía un posgrado y que recuerda con afecto: «Querido Dr. Morgenfruh: Las últimas pruebas de la Garganta de Olduvai en África oriental dan razones para suponer que el hombre no descendió de un mono arbóreo y pacífico, sino de una especie terrestre y carnívora, una bestia que cazaba en grupo y aplastaba los cráneos de sus presas con un palo o un fémur. Suena mal, Morgenfruh, para los optimistas, para la visión indulgente y esperanzada de la naturaleza humana». Y a Dios, en quien (como su creador) Herzog cree involuntariamente cuando siente que la vida golpea contra sus límites: «Cuánto ha luchado mi mente por encontrar un sentido coherente. No me ha salido bien. Pero he deseado cumplir tu voluntad incognoscible, asumirla, y a ti, sin símbolos. Todo con el más intenso de los significados, especialmente si estaba despojado de mí». Finalmente, y de forma conmovedora, a su madre, muerta desde hace tiempo: «La vida que me diste ha sido curiosa, y tal vez la muerte que habré de heredar resulte aún más curiosa. A veces he deseado que se apresure, he anhelado que llegara. Pero todavía sigo en el mismo lado de la eternidad que siempre. Es mejor así, porque me quedan algunas cosas que hacer. Y espero hacerlas sin ruido. Algunos de mis objetivos más antiguos parecen haber desaparecido».

Amas a Moses Herzog por su ceguera, por su desventura, por sus batallas. A la larga, uno ama al hijo idiota de los ángeles por haber alcanzado su potencial. Toda esa escritura lo ha entregado al silencio. En el clímax del libro, mientras un zorzal ermitaño canta su canción de la tarde, el ser y el alma de Herzog charlan amistosa, interiormente: «Pero qué quieres, Herzog?». «Pero esto es lo que hay. No una cosa solitaria. Estoy bastante satisfecho con ser, con ser exactamente como se quiera que sea, y durante tanto tiempo como pueda mantenerme aquí». Se llena el sombrero de flores: rosas bebé, lirios de día, peonías. «En ese momento no tenía mensajes para nadie. Nada. Ni una sola palabra». El resentimiento, la ira, el odio, los celos, la autocompasión se transfiguran en una piedad natural. Y esa piedad, en el arte mimético de Bellow, tiene la última palabra, aunque lleguen malas noticias de la Garganta de Olduvai.

Las novelas y los cuentos obtienen su fuerza de la humildad de las emociones, no de la majestuosidad de las grandes ideas. Su perdurable poder es una creencia —siempre difícil de sostener— en la existencia de los demás. «Solo esta preocupación —dice Bellow—, fe o amor importan». Un ejemplo, tomado de *Humboldt*, sirve por centenares de casos. El escenario es el viejo baño ruso de Division Street: «Mickey, que se encarga de la comida, fríe trozos y panqueques de patata y, con cuchillos enormes, corta coles para ensaladas y cuarteas pomelos (que se comen con las manos). Los viejos robustos envueltos en sábanas tienen mucho apetito a causa del calor. Debajo, el asistente Franush produce vapor echando agua en los cantos candentes. Yacen en un montón como si

fueran municiones romanas. Para evitar que se le ase el cerebro, Franush lleva un sombrero de fieltro húmedo, con el borde arrancado. Por lo demás va desnudo. Repta como una salamandra roja con un palo para abrir el pestillo del horno, demasiado caliente para tocarlo, y después, a cuatro patas, con los testículos balanceándose en un largo tendón y el limpio ano mirando hacia fuera, retrocede en busca del cubo. Echa el agua y los cantos destellan y crepitan. Quizá no haya ningún pueblo en los Cárpatos donde sobrevivan estas prácticas».

Franush aparece y se esfuma, pero es inmortal, un dato que nada puede deshacer.

A partir de los cincuenta, la población de lo que Bellow llamaba «mis Muertos» crece constantemente, por supuesto. Es inevitable en las cartas reunidas de una larga vida: cada vez más seres queridos que no están con seguridad en ningún sitio, salvo en la caja fuerte de la memoria. Después de los setenta y cinco, buscas en vano a los supervivientes de la generación anterior; después de los ochenta y cinco, solo quedan restos de la tuya. Como Rob Rexler en «A orillas del St. Lawrence», su último relato, escrito a los ochenta años, Bellow ya no ve la muerte como un feo intruso. La metáfora ha cambiado. Ahora la muerte es el campo magnético universal, irresistible, que nos reúne a todos. Sin embargo ahora, como nunca antes, la extática sensación de estar vivo —y la alucinatoria intensidad de los que ya no están— cae con bendiciones sobre Rexler. Recuerda su primer encuentro con la muerte: en Lachine, en el paso a nivel del Grand Trunk, un tren ha matado a un hombre. De pie en el estribo del Model T de su primo Albert para ver mejor, Robby ve órganos en el firme. Cuando Albert y Robby van a casa a contárselo a su tía Rozzy, ella baja la voz y murmura unas palabras devotas. Al rememorarlo en la vejez, ese día lejano es mucho más que un recuerdo. Todo lo que sucedió entonces también parece suceder ahora. El anciano Rob Rexler *se convierte* en el joven Robby, que toca las apelmazadas hileras de pelo ondulado del primo Albert, mientras Albert le aparta ferozmente la mano. «Esas observaciones, aprendería Rexler, eran toda su vida —su ser— y el amor era lo que las producía».

Una frase de ficción como esa es arte de la clase más elevada. Las cartas de Bellow son el otro lado del tapiz, y hasta ahora no se habían visto: enmarañadas, enredadas, con hilos colgando, el revés del diseño radiante. Dijo que sus novelas y sus relatos eran «cartas-en-general de una personalidad oculta». Las cartas-en-particular recogidas aquí revelan los combates, los placeres, los anhelos —la voluntad, la tarea heroica— que produjeron cosas tan duraderas.

*Benjamin Taylor*

**A William Faulkner**

[Reno], 7 de enero, 1956

Estimado Sr. Faulkner:

Las primeras tres propuestas me parecen bastante bien aunque, con la excepción de la recomendación sobre la Ley McCarran, más bien vagas. Por supuesto, estoy de acuerdo en que sería bueno traer a gente de Bulgaria, Polonia y Hungría para que vieran Estados Unidos, siempre y cuando no sufran represalias de esos países cuando vuelvan.

Pero escribo esta carta para darle mi opinión sobre su propuesta, hecha, asumo, después de que yo me fuera de la reunión, de que pidamos la liberación de Ezra Pound. «Mientras que el presidente de este Comité [People to People] —dice usted— recibió un premio del gobierno sueco y una condecoración del gobierno francés, el gobierno de Estados Unidos encierra a uno de sus mejores poetas». Es un razonamiento realmente asombroso. Usted, señor Faulkner, fue merecidamente distinguido por esos gobiernos. Pero usted, que yo sepa, no intentó derrocar o debilitar a ninguno de ellos. Además, Pound no está en prisión, sino en un manicomio. Si estuviera cuerdo habría que volver a juzgarlo por traición; si está loco no habría que liberarlo simplemente porque es un poeta. En sus poemas y en sus emisiones radiofónicas Pound aconsejó la enemistad hacia los judíos y predicó a favor del odio y el asesinato. ¿Me pide que me una a usted para honrar a un hombre que pidió la destrucción de mis parientes? No puedo participar en algo así aunque sea buena propaganda en el extranjero, que lo dudo. Los europeos lo tomarán en cambio como un síntoma de reacción. En Francia Pound habría sido fusilado. ¿Liberarlo porque es un poeta? Vaya, quizá mejores poetas que él fueron exterminados. ¿No diremos nada en su nombre?

Estados Unidos ha sido compasivo con Pound al reconocer su locura y perdonarle la vida. Liberarlo es una idea tonta y débil. Identificaría este programa a los ojos del mundo con Hitler, Himmler, Mussolini y el genocidio. Lo que me deja estupefacto es que usted y el Sr. Steinbeck, que durante tantos años han trabajado con las palabras, no entiendan la importancia de las claras y brutales declaraciones de Ezra Pound sobre «kikes», que llevaban a los «gentiles» a la matanza. ¿Es eso —de los «Cantos Pisanos»— la materia de la poesía? Es una llamada al asesinato. Si lo dijera un granjero o un zapatero diríamos que está loco. El mundo entero conspira para ignorar lo que ha ocurrido, las guerras gigantescas, los odios colosales, los asesinatos inimaginables, la destrucción de la mera imagen del hombre. ¿Y nosotros —«un grupo representativo de escritores estadounidenses»— salimos para esto? ¡Vaya desastre!

Suyo sinceramente,

*El periodista del New York Times Harvey Breit había pedido a Bellow que participara en «People to People», un comité de escritores y editores establecido para oponerse a la propaganda soviética y promover los valores proestadounidenses en el extranjero. El presidente norteamericano Dwight Eisenhower había nombrado presidente a Faulkner.*

**A John Cheever**

Chicago, 9 de diciembre, 1981

Querido John:

Desde que hablamos por teléfono he pensado incesantemente en ti. Podría decir muchas cosas, pero no lo haré, probablemente puedas arreglártelas sin ellas. Lo que me gustaría decirte es esto: no hemos pasado mucho tiempo juntos pero hay un vínculo significativo entre nosotros. Supongo que en parte se debe a que los dos practicamos el mismo oficio autodidacta. Permite que intente expresarlo mejor: sometimos nuestras almas al mismo tipo de educación, y esa formación esotérica en la que tuvimos el descaro de persistir, bajo la mirada hostil de la América exotérica, es lo que nos une. Sí, hay simpatías más profundas, pero soy demasiado torpe como para llegar hasta ellas. Ahora solo puedo ofrecer lo que está disponible. Ninguno de los dos respetaba las «condiciones» superficiales de los orígenes sociales. En tus orígenes había ciertas ventajas; fuiste demasiado decente como para explotarlas. Los míos, supongo, solo debían ser «superados», y no tenía el menor deseo de molestarme en ello. Sin embargo, estaba en posición de observar las desventajas de los aventajados (el orgullo idiota de los anglosajones blancos protestantes, las tradiciones sureñas). No había en ti ni rastro de ello. Estabas dedicado, como corresponde a un escritor, a transformarte a ti mismo. Cuando leí tus cuentos reunidos me emocionó ver la transformación que se producía en la página impresa. No hay nada que importe de verdad, salvo esa acción transformadora del alma. Te amé por eso. Te amaba de todos modos, pero por eso especialmente.

Hemos navegado de un lado a otro de estos mares estadounidenses durante muchas décadas; también hemos tenido nuestros malos viajes: absurdos inevitables, mal tiempo, pero eso no importa de verdad. Intento decir lo que importa.

Cuando le dije que te iba a escribir, mi hijo Adam, que ha venido a vernos a Chicago, quería que te dijera que le había encantado tu novela corta [*Esto parece el paraíso*]. A mí también.

Si no te resulta posible venir a Chicago, volaré a Nueva York cuando te vaya bien.  
Con amor,

**A Philip Roth**

Chicago, 27 de abril, 1986

Querido Philip:

Me emocionó mucho tu artículo sobre Malamud en el *Times*. Me mostró la vida del hombre de una forma que no había podido ver. Al principio te parecía un agente de seguros. Yo pensaba íntimamente en él como en un Contador Público. Pero siento una debilidad secreta por las dimensiones ocultas de los agentes y los contadores. Nunca podría obligarme a juzgar por las apariencias. No tengo fe en las categorías (las categorías sociales, quiero decir). Bueno, construyó algo con las migajas y los fragmentos descarnados de las empobrecidas vidas judías. Después sufrió porque no podía hacer más. Quizá no podría haber hecho más, pero esperaba con ilusión una estupenda vejez en la que lo imposible sería posible. La muerte se encargó de esa maravillosa aspiración. Todos podemos contar con eso. Quiero agradecerte de nuevo que cuidaras de mí en Londres. Como viste, estaba deprimido. El Royal Athletic Club era el lugar para mí. Los cuartetos de Shostakóvich me hicieron mucho bien. Casi hay suficiente arte como para cubrir los dolores mortales. Pero no es bastante. Siempre quedan huecos.

Y también la cena con Edna [O'Brien], la Juana de Arco del sexo irlandés, ejércitos de hombres cachondos hacen maravillosas imitaciones tuyas. Eso fue encantador. Dick [Stern] dice que Claire [Bloom] la imita maravillosamente. Espero verlas un día.

Siempre tuyo,

*Bernard Malamud había muerto el 18 de marzo.*

Querida Cynthia:

En la Academia [de las Artes y las Letras] me alegró verte, pero después me alcanzó una oleada de vergüenza cuando recordé mi descuido y mis malos modales. No querías avergonzarme cuando me recordaste que te debía una carta (había habido un intervalo de dos años). La vergüenza llegó de dentro, un contraste con mi alegría. Me excitó tener tantos contactos maravillosos bajo la gran cima de la Academia. Demasiadas corrientes veloces, demasiada turbulencia, junto a un terrible arañazo en el corazón: una sensación de que los placeres del momento carecían de esperanza, demasiado ilimitados y salvajes como para disfrutarlos. Había gran cantidad de gente querida que ver pero tenía cuentas pendientes con todos ellos.

*Debería* haberte escrito una carta, era demasiado tarde para usar las muertes de mis hermanos como excusa. Tras su muerte, escribí un libro; ¿por qué no una carta? Una respuesta misteriosa pero cierta sería que, aunque puedo prepararme para escribir una novela, las cartas, las comunicaciones en la vida real, son demasiado para mí. Antes las solventaba con bastante facilidad, ¿por qué ahora el desafío de escribir a amigos y conocidos es demasiado para mí? Porque me he convertido en un solitario, y no en el sentido aristotélico: ni una bestia, ni un dios. Más bien, un solitario agitado por anhelos, incapaz de encontrar un lenguaje adecuado, y desesperado ante la imposibilidad de componer mensajes en una clave que pueda tocarse: como si ya no entendiera los códigos usados por gente estimable que quería saber de mí y que tendría tanto que responder si se eliminaran los impedimentos. Ahora solo tengo el estrafalario lenguaje de mis libros —las cartas en general de una personalidad oculta, un ser desesperadamente extraño que, como último recurso, ha inventado una técnica para representarse a sí mismo.

Eres el tipo de persona —y escritora— al que le puedo decir estas cosas, mi tipo de escritor (sin esclerosis en la cuestión de las cartas). No diré que seas humanamente mi tipo. No tengo base para eso, te conozco a través de tus libros, que siempre leo porque están escritos por lo auténtico. No hay muchas cosas auténticas por ahí. (Un hecho tan bien conocido que sería tedioso extenderme sobre él.) Podrías haber pertenecido a los deslumbrantes virtuosos, como [William] Gaddis. A mí podría haberme ido bien en esa línea si, por una razón u otra, no hubiera puesto mi corazón en ser uno de los auténticos. Quizá la vida en el circuito de salas de conciertos literarios habría resultado más sencilla. Pero Paganini no era judío.

Probablemente ves lo que insinúo torpemente. He estado leyendo tu *Mesías* [*de Estocolmo*], y hablo como admirador, no como crítico. Sobre Bruno Schulz tengo sentimientos muy parecidos a los tuyos, y aunque nunca hemos hablado de la cuestión judía (ni de ninguna otra), y estaríamos obligados a hallarnos en desacuerdo (como les ocurre invariablemente a los interlocutores judíos), es cierto que, en todo caso, nos pareceríamos bastante judíos el uno al otro. Pero tu *Mesías* me desconcertó. Le di vueltas. Me gustó el encanto a lo Hans Christian Andersen de tu joven pobre y serio que habita una capital escandinava, que es quijotesco, crédulo, fanático, que vive en una judeidad prestada, que lleva una existencia hidropónica e intenta de forma conmovedora diseñar su propio ser. Pero, cuando la realidad lo reta, vemos su peor parte: nueve veces nueve demonios (para pasar un momento al otro Testamento) corren hacia él, y, en su último estado, como no es el único y auténtico intérprete de Schulz, se convierte en un mero profesional de la literatura, es decir, en una no-entidad. Leí tu libro en el avión hacia Israel, y en Haifa le di mi ejemplar a A. B. Yehoshúa. Lo quería, y le animé a leerlo. Así que, cuando te escribo, no tengo un texto al que referirme, y debo confiar en mi memoria o en mi memoria de mis impresiones. Cuando lo leí me agradó mucho. Cuando volví a pensar en él me pareció que quizá habías confiado demasiado en tus poderes ejecutivos, en tu virtuosismo (a menudo me he dado ese veredicto a mí mismo) y que querías más del tema de lo que realmente daba. [...]

Es totalmente cierto que los «Escritores Judíos de Estados Unidos» (¡una categoría repulsiva!) se perdieron lo que para ellos debería haber sido el asunto central de su tiempo, la destrucción de los judíos europeos. No soy capaz de decir cómo puede evaluarse nuestra responsabilidad. Nosotros (ahora hablo de los judíos y no solo de los escritores) deberíamos haberlo afrontado de forma más completa y profunda. En Estados Unidos nadie asumió la tarea en serio y solo unos pocos judíos de otros lugares (como Primo Levi) pudieron entenderlo todo. Los judíos como pueblo reaccionaron

justamente. Así, tenemos Israel, pero en el terreno de la comprensión más elevada... Bueno, como la vida mental del siglo ha sido desfigurada por las mismas fuerzas de la deformidad que produjeron la Solución Final, no había mentes *preparadas* para comprender. Y los intelectuales [...] están entrenados para esperar y exigir del arte lo que el intelecto es incapaz de hacer. (Siguiendo las estúpidas convenciones de los altos principios.) Por tanto todas las partes se pasan la patata caliente y toda conciencia honesta siente la deshonra que hay en ello.

Estaba demasiado ocupado en convertirme en novelista como para tomar nota de lo que ocurría en los años cuarenta. Estaba comprometido con la «literatura» y mis preocupaciones eran el arte, el lenguaje, mi lucha en la escena estadounidense, las reivindicaciones del reconocimiento de mi talento, o, como en el caso de mis colegas de *Partisan Review*, el modernismo, el marxismo, el New Criticism, Eliot, Yeats, Proust, etc.: cualquier cosa salvo los terribles acontecimientos de Polonia. Cuando, lentamente, empecé a ser consciente de esa inefable evasión, ni siquiera sabía cómo empezar a admitirla en mi vida interior. No puede negarse ni una partícula de eso. ¿Y puedo realmente decir —puede decirlo alguien— qué había que hacer, cómo se *debería* afrontar esta «cosa»? Desde finales de los cuarenta medito sobre ello y a veces imagino que *puedo* ver algo. Pero lo que representa esa meditación es probablemente insignificante.

No puedo ni empezar a decir qué responsabilidad puede tener cualquiera de nosotros en un asunto así, en un crimen tan enorme que lleva a Juicio todo el Ser. [...] La «ayuda metafísica», como dice alguien en *Macbeth* (que Dios perdone a la mente por recurrir a una fuente así en relación a este tema), sería más adecuada que la «responsabilidad»: la intercesión del mundo espiritual, asumiendo que haya aquí alguien capaz de sentirse conmovido por poderes que actualmente nadie toma en serio. Todo el mundo es tan «ilustrado». Si me libero de cierta cantidad de ilustración puedo al menos tener ideas de esta naturaleza. Las tengo de noche, cuando la censura racional duerme. La revelación está, después de todo, en el corazón del entendimiento judío, y la revelación es algo que no puedes pedir por correo. No te pueden ordenar que la consigas. [...]

Unos párrafos más arriba he dicho que parecía que no conseguías lo que de verdad querías con tu novela *El Mesías*. No creo que te ofenda hablando como me hablo a mí mismo: a menudo me he apresurado en escribir un libro y al cabo de treinta o cuarenta páginas, justo después de despegar, he notado que había dado un salto loco, que me había rendido ante una convulsión demente, y que de esa convulsión de locura, absolutamente fuera de lugar y autogenerada, podría no recuperarme nunca. Al principio el rápido despegue parecía una hazaña maravillosa y emocionante. Todavía creía en ella. Pero ¿podría aterrizar seguramente o caería al mar? Experimenté la misma ansiedad en la mitad de tu novela (el Mediterráneo debajo). Estarías totalmente justificada si dijeras que esto es una proyección y lo usaras en mi contra. De todos modos, tuve la sensación de turbulencias, de una peligrosa tormenta de aire. Me pareció que estuviste brillante y valiente en el control. [...]

Con mis mejores deseos,

**A Philip Roth**

Brookline, 1 de enero, 1998

Querido Philip:

Siento ser tan lento. Janis cogió tu manuscrito primero y me comunicó todo su entusiasmo, simpatías y premoniciones. Un nuevo libro de Roth es un gran acontecimiento por estos lares. Somos tus hinchas y tus fans. Cuando se fue a Canadá el día de Navidad para ver a sus padres y a su hermana, su hermano, niños, dejó conmigo *Me casé con un comunista* para las vacaciones. Leer tu libro me consoló en esta casa vacía. Es una delicia leer uno de tus manuscritos —vaya por delante— pero esta vez el efecto general no fue satisfactorio. Era particularmente consciente de la falta de distancia. No quiero decir que el escritor *deba* poner espacio entre él y los personajes de su libro. Pero debería haber cierto distanciamiento con respecto a las pasiones del escritor. Hablo como alguien que cometió el mismo pecado en *Herzog*. Ahí esperaba que los efectos cómicos pudieran protegerme. Sin embargo, crucé la frontera demasiadas veces para asaltar el campamento enemigo. Pero *Herzog* era un bobalicón, un intelectual fracasado y en el fondo un sentimental. En tu caso, el hombre que nos entrega a Eve y Sylphid es un *enragé*, un verdadero fanático.

Ese no es el defecto más destacado de *MCCUC*. Tu lector, por respeto a tus poderes, está más que dispuesto a seguir a tu lado. No podrá, como yo tampoco pude, seguir junto a tu Ira, probablemente el menos atractivo de todos tus personajes. Asumo que no eres más capaz de soportar a Ira que los lectores. Pero apoyas lealmente a ese patoso forjado en hierro, un hombre grande, fuerte y estúpido que te atrae por razones invisibles para mí.

Existe un verdadero misterio con respecto a los comunistas en Occidente, para limitarme a ellos. ¿Cómo pudieron aceptar a Stalin, uno de los tiranos más monstruosos de la historia? Uno habría pensado que la división de Polonia por parte de Hitler y Stalin, y la derrota de los franceses que abrió paso a la invasión de Rusia por parte de Hitler, llevarían a los miembros del PC a reconsiderar sus lealtades. Pero no. Cuando aterricé en París en 1948 descubrí que los líderes intelectuales (Sartre, Merleau-Ponty, etc.) permanecían leales pese al mar de sangre de Stalin. Bueno, todo país, todo gobierno, tiene su mar, o lago, o estanque. Aun así, Stalin seguía siendo «la esperanza», pese a su claro paralelismo con Hitler.

Pero, en resumen. La razón: la razón residía en el odio por su propio país. Entre los franceses era el viejo enfrentamiento de los «espíritus libres», o artistas, con la burguesía dominante. En Estados Unidos era la lucha contra los McCarthys, los Comités que investigaban la subversión, etc., los que justificaban a la izquierda, a los seguidores de Henry Wallace, etc. El principal enemigo estaba en casa (el eslogan de Lenin en la PGM). Si te oponías al PC eras un mccarthysta, no había otra posibilidad.

Bueno, fue una estupidez profunda y perversa. No hacía falta ser muy inteligente para ver lo que era el estalinismo. Pero los militantes y los activistas se negaron a afrontar los simples hechos que estaban al alcance de todo el mundo.

Basta. Dirás que todo eso se reconoce en *MCCUC*. Sí, y no. Nos dices que Ira es un bestia, un asesino. Pero ¿quién más está? Ira y Eve están en el centro de tu novela: ¿y qué representa ese par?

Uno de tus temas persistentes es la purgación que solo se puede obtener a través de la ira. Las fuerzas de la agresión son liberadoras, etc. Y puedo verlo como un punto de vista legítimo. Está bien si tus personajes son titanes. Pero Eve es solo una mujer lamentable y Sylphid es una chica gorda, mimada y malvada con joroba de bisonte. No son titanes.

No hay mucha gente con la que pueda ser tan franco. Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro y espero que sigamos, los dos, diciendo lo que pensamos. Estarás dolido conmigo, pero creo que no te desharás de mí para siempre.

Siempre tuyo,

**A Martin Amis**

Brookline, 7 de febrero, 2000

Querido Martin:

Era un correspondiente dispuesto pero, por alguna razón, a lo largo de los años, perdí la costumbre de escribir cartas. Quizá en el fondo de eso estuviera la muerte de tantos amigos, una primera generación y luego una segunda y después incluso una tercera. Sospecho que he perdido la cuenta. Quizá hasta las confidencias que hago a mis amigos sean ahora ofrecidas a mis lectores. Eso, si es cierto, no es una tendencia positiva, pero no estoy preparado para ir más lejos en esa dirección. Basta decir que tengo ganas de hablar contigo y que muchas veces veo que vuelvo hacia ti en busca de alivio. Es un juego de niños tener conversaciones imaginarias, por alguna razón convencidos —como los niños— de que lo imaginario es fielmente traducido a las mentes de nuestros amigos.

Pero todo el tiempo pienso en *Ravelstein*. Nunca he escrito algo como *Ravelstein*, y la mezcla de hechos y ficción se me ha ido de las manos. Hay además otros elementos, porque los hechos son muy impuros. Existen los hechos, y después existen los hechos periodísticos con sus acentos habituales. Puedes incluso ver a los periodistas transformando los hechos en escándalo y, hacia la cima, escándalos que se convierten en mitos, trasladándose al territorio medieval

reservado para la peste. No estoy preparado para oír la campanilla de un leproso en los cruces del afecto y el encanto excéntrico.

Parece que mucha gente conocía la verdad sobre Allan. Si no la pura verdad, la clase flexible y versátil con la que está familiarizada la política universitaria. Así que me vi retado por gente fanática. Descubrí muy pronto que Allan tenía enemigos que se preparaban para revelar que había muerto de SIDA. En ese momento perdí la cabeza; cuando el *New York Times* me llamó para resolver el asunto me desmoroné: no supe ser más astuto que los periodistas. Así que aquí estoy, el autor de un homenaje que se ha transformado en uno de esos civilizados desastres para los que nadie puede estar preparado.

Como bien sabes, la atención del público y de la prensa es pocas veces agradable, y con raras excepciones (el Papa, por ejemplo) no le concede un respiro a nadie. Le digo a la gente que Ravelstein me pidió que escribiera una memoria y que habría sido falso y perverso omitir del relato que hacía de su vida la enfermedad que lo mató. Con una sabiduría omnisciente como la suya habría sido imposible no predecir qué saldría de esto. Pero yo estaba preparado, o eso pensaba, para manejar todos los bochornos que iban a abalanzarse sobre mí. No podría haberme mirado al espejo si me hubiera apartado de un personaje de la estatura de Ravelstein. Hace mucho entendí que lo que llamamos el arte de la ficción se marchitaba porque... bueno, porque las democracias modernas no son heroicas.

Pero descubro que debo explicar la democracia no heroica a los periodistas y el público, y eso me deprime más allá de todos los límites de las depresiones previas. Obtengo todo el consuelo que puedo reflexionando que en todo caso a mi edad la tienda está a punto de cerrar las puertas. La semana pasada vi a mi anciana hermana en Cincinnati. Tiene nueve años más que yo, y cuando me enteré de la noticia del accidente de un avión de Air Alaska en la costa del Pacífico pensé: «¿Por qué no también Delta Airlines, en el Río Ohio?». Pero no. Aterricé sin peligro y me llevaron al manicomio de lujo donde vive mi hermana. Se alegró de que hubiera ido a verla y quería ver fotografías del nuevo bebé. De lo que no hablamos es de que no queda ni una sola tumba libre en el terreno familiar.

Janis cree que esta es una carta opresiva, pero me ha levantado el ánimo.